

La lectura en el contexto de la historia socio-cultural. Métodos y fuentes

Reading and sociocultural history. Research methods and sources

Judith PRAT SEDEÑO

Departamento de Biblioteconomía y Documentación
Facultad de Ciencias de la Información
Universidad Complutense de Madrid
jprat@alumnes.udl.es

RESUMEN

Desde un análisis cronológico, se ha intentado analizar de forma sucinta el cambio que entre los historiadores de la cultura se viene dando tanto en el objeto de la investigación (alfabetización y lectura) como, sobre todo, como en el método (cuantitativismo/cualitativismo-cultura de élites/cultura popular). Los principios de una historia sobre quién, qué, cómo y porqué se leen unos textos u otros versarían en una voluntad global e integrada de todos los agentes sociales. El objetivo, en definitiva, debe ser hacer historia cultural no de una ciudad, sino en una ciudad.

PALABRAS CLAVE

Historia social
Historia cultural
historia de las mentalidades
alfabetización
lectura
cuantitativo
cualitativo

ABSTRACT

The author analyses chronologically the changes in the work of cultural historians, both in the topics they deal with (literacy, reading) and, especially, in the methods they employ (quantitative / qualitative orientation – elite / popular culture). It is proposed that the beginnings of a history of who reads, what is read, how is read and why are some texts read over others owes much to will of integration of all social agents. The aim, ultimately, must be to produce a cultural history not of a city but in a city.

KEY WORDS

Reading
Sociocultural
History

La historia cultural ha emergido del naufragio de la historia marxista que buscaba los mecanismos ocultos del cambio histórico tras la superficie de estructuras económicas y del comportamiento colectivo: rechaza las concepciones materialistas de la práctica histórica socio-económica y/o de la teoría marxiana, así como el reduccionismo de la historia económica y política. El «noble sueño de la objetividad» ha dejado paso a una conciencia más crítica del

sentido del trabajo del historiador ya que tanto los objetos de estudio como los trabajos de los propios historiadores culturales, están sujetos a las condiciones de su ambiente cultural y son contruidos culturalmente.

Profundamente enraizada en la historia de las mentalidades, la historia cultural ha desarrollado un trascendental desplazamiento creando una dimensión nueva en el estudio de la lectura, y los textos, hacia una óptica más social. Barros ya quiso aunar ambos postulados «historia social» - «historia cultural», privilegiando el estudio de las relaciones sociales y de las formas de sentir y actuar de la gente.

En 1974, Marrast incidió sobre el estudio del libro, sustentando los análisis en el mercado y distribución del libro, la condición del escritor y las relaciones entre el producto impreso y sus consumidores. Años después, en 1994, Botrel realizaría un balance sobre la historia del libro en España en el que incide en la vigencia que, para el caso español, mantenían todavía las cuestiones planteadas por Marrast¹.

Pero el historiador que con más atractivo ha fusionado nuevos campos conceptuales y metodológicos ha sido Chartier. Dejando de lado la disciplina social del «linguistic turn» por fundamentar la explicación del devenir social de manera determinante en el lenguaje, Chartier identifica a los lectores y la naturaleza de sus lecturas, así como las diversas formas que tenían de aproximarse a ellas. Supera las viejas preguntas de los cuantitativistas del libro: ¿quiénes?, ¿cuántos?, ¿qué se lee?, para dar un paso al frente a la busca de respuestas a preguntas como: ¿cómo se lee?

Antón advierte sobre el «hastío cuantitativista» en el que se han sumergido los estudios sobre la alfabetización y el libro impreso². No obstante, Chartier combate decididamente la historia cuantitativa del libro, que tanto se ha cultivado en Francia. Sus reproches se polarizan hacia el rígido estructuralismo de esta historia cuantitativa que defiende un modelo estratificado social previo a las divisiones sociales y busca nuevas fuentes como las que vienen recomendando autores como Darnton, Botargues o Antón para salir del «síndrome notarial» en el que se ha movido buena parte de la historiografía del libro³. La metodología de trabajo de Chartier a la hora de hacer historia queda plasmada en el siguiente párrafo,

«Reconstruir las variaciones que diferencian los «espacios legibles» —es decir, los textos en sus formas discursivas y materiales— y aquellas que gobiernan la circunstancia de su ejecución —es decir, las lecturas entendidas como prácticas concretas y como procedimiento de interpretación»⁴.

¹ Botargues, M. *Consumo cultural en la ciudad de Lleida. (1808-1874)*. Tesis doctoral, pp. 29-30.

² Antón, *La herencia cultural. Alfabetización y lectura en la ciudad de Girona (1747-1807)*, pp. 16-17.

³ García Cárcel, R. «Prólogo» en Chartier, R., *El orden de los libros*, pp. 9-17. En referencia a los autores citados, consultar la bibliografía general.

⁴ García Cárcel, R. *op. cit.*, p. 12.

A grandes trazos, las aportaciones más significativas de la historia social del libro vienen dadas por las preguntas que, anteriormente, hemos citado de Chartier. No se trata sólo de una constatación, sino también de un análisis de los datos para intentar dar respuesta a las preguntas de «quién», «qué», «cuánto» y «cómo» se lee. Los estudios que la historiografía española ha llevado a cabo se centran principalmente en el Antiguo Régimen: la Salamanca del Barroco a la Ilustración; la Valencia, Girona y Mataró ilustradas, etc.

Pero el grupo de *Annales* —desde Le Goff a Chartier— no ha estado exento de críticas. Como dice Burke, sus cultivadores están abandonando el campo de las mentalidades y hablan más bien de «representaciones» o de «imaginario social». El problema es que el nuevo territorio, aunque menos extenso, resulta tan difuso como el anterior. Al referirse a la vaguedad e imprecisión de los conceptos manejados por los «nouveaux» en atención a la llamada «historia de las mentalidades», Revel y Le Goff afirman que en es en la misma vaguedad de la definición lo que asegura su éxito gracias a sus indefinidas posibilidades de adaptación. Pero, según Hervé Martín, es necesario distinguir «mentalidades» de «cultura» e «ideología» pero que acaban quedándose con un concepto que, en vez de tener un sentido rico y plural, resulta ser simple y global. Entiende que, en definitiva, la combinación de ideas resulta imposible en su desorden formal⁵.

En relación de la lectura, las ideas de Chartier nos pueden ser enormemente útiles para cuestionar el modo de proceder de muchos de nuestros historiadores: hoy la antigua fe ciega en el cuantitativismo ya no se da tanto en nuestro país, ya no se cultiva la historia del libro vinculada al conocimiento de las bibliotecas de los grandes personajes, que dieron de sí trabajos útiles como el de Huarte (1955). En los años ochenta, tras esta etapa de curiosidad bibliófila, los historiadores del libro se han ocupado de los porcentajes de posesión del libro y ahí están como testimonio los trabajos de desigual valor de Moreno (Lorca), Lamarca (Valencia)⁶..., y las tesis doctorales de Burgos y Peña para la ciudad de Barcelona. Muchos de estos trabajos se ven faltos de análisis metodológicos más exhaustivos y del desconocimiento de cuestiones claves como la del origen, formación y función de las bibliotecas, así como la importancia de la movilidad de los libros⁷.

Después de haber sopesado las aportaciones y las debilidades, un ejemplo de la vigencia de la historia social de la cultura fuera de nuestras fronteras lo constituye el libro de T. Munck (2001), *Historia social de la ilustración* en el que el autor estudia la forma en que las nuevas ideas llegaban al público y las consecuencias sociales de la difusión de estas ideas, cómo modificaron la relación entre el estado y el ciudadano⁸.

La formalización de un campo de estudio tan amplio como impreciso ha llevado a la historia de la cultura a ser origen de una amalgama de investigaciones desde cada una de las ciencias

5 Fontana, J. *La història dels homes*, pp. 283-287.

6 Lamarca, G. *La cultura del libro en la época de la ilustración. Valencia 1740-1808*.

7 García Cárcel, R. *op. cit.*, p. 15.

8 Munch, T. *Historia social de la ilustración*, Cátedra, Barcelona, 2001.

sociales, las cuales investigan aplicando las técnicas renovadas de una tradición teórica bien asentada. Antón destaca que las tendencias más vanguardistas han proliferado, sobre todo, en centros de estudios angloamericanos y que no han sido los historiadores profesionales los que han liderado las nuevas propuestas. Continúa destacando como disciplinas más influyentes en la nueva historia cultural la semiótica, la hermenéutica, la antropología, la sociología y la crítica literaria⁹. La confluencia de estas disciplinas ha provocado un exceso de teoría y una «voracidad historiográfica» –recordando de nuevo a Braudel– que puede desembocar en un relativismo baldío.

Dentro de la magnitud de temas y procedimientos susceptibles de ser planteados desde una historia cultural, las dos líneas de investigación que más se impulsó han recibido entre los historiadores sociales son los estudios sobre la alfabetización y la lectura en el Antiguo Régimen. Estos dos temas, a pesar de mantener profundas imbrincaciones, requieren análisis separados acerca de los signos (sobre todo las firmas) y sobre el libro impreso. Como ha indicado Armando Petrucci, en los últimos años ha tenido lugar un cambio en la perspectiva historiográfica. Se ha pasado:

«desde una visión estática a una visión dinámica de la historia cultural, dentro de la cual no existe ya la historia de la escritura, sino una historia del escribir, mejor aún de los actos de escritura: no existe ya una historia de la imprenta –o del libro impreso–, sino una historia de la producción y difusión de los testimonios impresos de cualquier naturaleza; no existe ya una historia de la lectura, sino una historia de los modos y prácticas de leer; no existe ya... una historia de la literatura, sino una historia de las prácticas literarias»¹⁰.

Estas materias han sido abordadas en los últimos años desde diferentes ópticas que iremos desarrollando en páginas siguientes. No obstante, en términos generales el historiador estadounidense Darnton introduce de forma concisa las distintas orientaciones que vienen dando a la historia del libro los especialistas franceses y británicos:

«De manera bastante paradójica, los franceses que se han afanado muy especialmente en sacar la historia del libro del dominio de la pura erudición parecen haberse desinteresado de los procesos de producción y distribución. La investigación francesa tiende a ser estadística y sociológica. Se plasma generalmente en visiones de conjunto macroscópicas de la producción del libro o en análisis microscópicos de bibliotecas individuales. Los británicos al contrario han prolongado sus encuestas hasta los libros de caja de editores y libreros y no han trabajado tan sólo en los archivos gubernamentales y notariales. Es posible que, asociando el empirismo británico y el interés de los franceses por la historia social en sus grandes líneas, lleguen los americanos a adoptar una concepción original de la historia del libro»¹¹.

⁹ Antón, J. *op. cit.*, pp. 15-16.

¹⁰ Viñao, A. «Por una historia de la cultura escrita: observaciones y reflexiones» en *Signo*, 3, pp. 56-57.

¹¹ López, F. «Estado actual de la historia del libro en España» en *Annales de la Universidad de Alicante*, 4, p. 11.

La comparecencia recíproca y la superación metodológica de conceptos tradicionalmente opuestos—lo cuantitativo y lo cualitativo, la cultura popular y la cultura de élites— da lugar a estudios muy completos siempre que no se arrastre el lastre que puede suponer el estudio únicamente de los inventarios post-mortem contenidos en las actas notariales¹². Para conocer la lectura efectiva, se ha planteado también el conocimiento de las fuentes que suponen las subastas, almonedas o «encants» mostrando sus ventajas frente al inventario en el análisis social de los lectores, así como valorar la importancia del libro de segunda mano en el Antiguo Régimen¹³.

A partir de los testamentos e inventarios es posible generalizar algunas tendencias, si bien su análisis conlleva la formulación de nuevas preguntas. Las listas seleccionadas, ¿son representativas del conjunto de la población? ¿Podemos derivar conclusiones significativas sobre los libros leídos por las gentes menos acomodadas, cuando sus inventarios en ocasiones no mencionan más que «un fardo de libros»? La posesión de libros en el momento de la muerte, ¿se corresponde necesariamente con un interés sostenido? Y por último, lo que probablemente es más importante, ¿hasta qué punto es relevante la propia posesión de libros, en una época en la que era cada vez más fácil tomar libros prestados de una biblioteca o de un amigo?

Evidentemente, no es sencillo sacar conclusiones razonables sobre las variaciones temáticas de la demanda editorial, ya que todas las fuentes de datos parecen generar tantas respuestas como cuestiones nuevas. Sin embargo, a pesar de estas reservas, probablemente pueden realizarse algunas generalizaciones bastante aceptables¹⁴.

Es preciso no olvidar hasta qué punto resulta complejo establecer una relación entre los libros que aparecen en las bibliotecas particulares y los libros que realmente se leían, ya que todo libro poseído no implica forzosamente que éste sea un libro leído¹⁵. En ocasiones, muchos de los volúmenes no eran adquiridos siguiendo el gusto y el placer del lector potencial, sino que la gran mayoría de las bibliotecas privadas suponían una acumulación establecida a base de generaciones, con lo cual los libros adquirirían la categoría de un mueble más o el valor simbólico de un bien suntuario. Significativamente, García Cárcel recoge un fragmento de Juan de Zabaleta en *El día de la fiesta* en el que queda perfectamente plasmada la utilidad del libro como mero indicador de prestigio social:

¹² Aún así, investigadores como M. Peña Díaz o A. Simón Tarres («La escritura privada en la Cataluña moderna» en *Historia a debate. Tomo II. P. 273-282.*) continúan utilizando como fuente de trabajo casi exclusivamente los inventarios post-mortem.

¹³ Antón, J. y M. Jiménez «La lectura efectiva en la Gerona del siglo XVIII» en *Historia Social*, 14 p. 111.

¹⁴ Munch, T., *op. cit.*, pp. 139-140.

¹⁵ Antón, J. y M. Jiménez «Propuestas metodológicas para una historia cultural de lo social» en Barros, C. (ed.), *Historia a debate II. Retorno del sujeto*, p.194. Tema ampliamente desarrollado en la bibliografía de Roger Chartier (ver, p. e., *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*).

«Los que ven en los estantes los consideran trasladados al pecho de su dueño y miran en aquel pecho toda aquella librería desatada en venerables conocimientos. Engañanse, porque todos aquellos libros no hay en aquel hombre más que la malicia de hacerlos testigos falsos»¹⁶.

La vía de conocimiento de las gentes que no inventariaban sus bienes es siempre indirecta, a través de caminos marginales. Vovelle abrió una vía que profundizaba, no tanto desde los testamentos o la iconología exclusivamente, sino a través de toda aquella documentación masiva capaz de recoger, aunque sea indirectamente, las cosas, el mundo, la cultura de esas gentes¹⁷.

La historia cultural manifiesta en el marco del objeto de estudio del papel impreso nos sirve para ejercer como punto de intersección de otras historias: la política (siendo condicionantes las relaciones entre la edición, la administración, los poderes), la económica (es el libro es ya un producto industrial sometido a fluctuaciones diversas), la social (ya que no es el impreso un producto como los demás, sino algo que capta, hace y conserva cultura, a la par que va destinado a un público, reducido o masivo según la naturaleza del texto y la estrategia editorial adoptada)¹⁸. La historia del libro impreso adquiere el valor de una vía de acceso a esa zona central en que las interacciones de lo económico, lo social, lo político, lo cultural configuran un estado de la sociedad en la que éste se despliega.

Al estudiar los libros como objetos físicos, los bibliógrafos han demostrado que la disposición tipográfica de un texto puede determinar en buena medida su sentido y la forma en que era leído. En referencia a esto, Chartier ha estudiado como a mediados del siglo XVII los editores Oudot y Garnier de Troyes comenzaron a publicar una serie de ediciones baratas en rústica que hicieron de ella durante doscientos años el principal producto de la literatura popular conocida como la *bibliothèque bleue*. Aquellos editores populares no dudaron en remendar el texto pero, sobre todo, se centraron en el diseño del libro, lo que Chartier llama la «mise en livre». Fracturaron el relato en unidades simples, abreviando frases, subdividiendo párrafos y multiplicando el número de capítulos¹⁹. La nueva estructura tipográfica supuso una nueva forma de leer y un nuevo público que, paulatinamente, había ido demandando el acceso a formas de literatura.

Sin olvidar que el libro impreso no deja de ser un «objeto físico», su estudio trasciende el meramente formal (formas y contenido de los textos) para llegar a la recepción de imágenes y su función en la lectura que, en la Edad Moderna, adquirirían en ciertos casos el status de imprescindibles. En la Mataró de mediados del siglo XVIII, el 75% de su población todavía no habían sido alfabetizada, mientras que al acabar el siglo probablemente se había situado entor-

¹⁶ García Cárcel, R., *op. cit.*, p. 17.

¹⁷ Lamarca, G., *op. cit.*, p. 13.

¹⁸ López, F., *op. cit.*, pp. 16-17.

¹⁹ Darnton, R. «Historia de la lectura» en Burke, P. (ed.), *Formas de hacer historia*, p. 203. También en Chartier, R., *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, pp. 114-120.

no del 30%²⁰. Por su parte, en la Lleida de 1860 sólo el 33,83% de los varones censados sabían leer y escribir²¹. Estas cifras que hemos citado a modo de ejemplo son sintomáticas del estado general en que se encontraba gran parte de la población rural española en el Antiguo Régimen y, a su vez, nos enseñan a valorar la importancia de reforzar mediante imágenes el mensaje de la palabra impresa; especialmente en la iglesia y otros lugares muy frecuentados, de gran impacto potencial, por lo que no se escatimaban esfuerzos ni dinero para lograr el máximo efecto comunicativo²².

Pero ya no sólo se tratan de las imágenes, motivos y formas que acompañan al libro impreso, sino al propio texto y su difusión. La cultura impresa, en definitiva, abarcaría tanto los papeles periódicos, estampas, folletos diversos y todo tipo de material que, utilizando el soporte de papel y mediante la utilización de la imprenta, eran capaces de llegar a todos los estratos de la población de múltiples formas.

Las ilustraciones contemporáneas suelen mostrarnos los libros en manos de lectores solitarios, en un entorno de contemplación; mientras que las hojas de noticias se representan normalmente en el contexto de la calle o la cafetería. Ahora bien, ¿se trata de diferencias reales, o más bien de convenciones pictóricas? Sea cual sea la respuesta adoptada, debemos ser conscientes de que los lectores del siglo XVIII posiblemente usaban los textos impresos de forma diferente a la que hoy es más habitual²³.

Además, se imprimen textos para ser leídos, pero ¿para ser leídos en voz alta o silenciosamente? La traducción y recepción en España de las artes de leer de Legouvé en 1878, sólo un año después de aparecer en Francia, testimonia un interés por la «bella lectura» o lectura en voz alta como arquetipo o forma más elevada de leer, que confirman las abundantes teorías o arte de la lectura publicadas en España durante las décadas finales del siglo XIX²⁴.

Si a este argumento añadimos el mencionado índice elevado de analfabetos existente en el país es lógico pensar que, gran parte de la cultura impresa, estaba pensada para ser leída en voz alta. El número de libros poseídos (que no siempre leídos), la encuadernación, la tipología y su disposición en el entorno doméstico mantenía una profunda interrelación con el propietario que el historiador debe desentrañar en función del contexto histórico en el que se produjo el impreso.

Los estudios dedicados a saber quién leyó qué en distintos momentos pueden desarrollarse a dos niveles espaciales: a un nivel general o macroanalítico y a un nivel local o microanalítico. El programa y los principios de una historia sobre quién, qué, cómo y porqué leen unos textos u otros, captados en sus variaciones cronológicas y en sus diferenciaciones socioculturales, recibe una atención más exhaustiva si partimos de un ámbito local.

²⁰ Ventura, M. *Lletrats i il·letrats a una ciutat de la Catalunya Moderna. Mataró, 1750-1800*, p. 86.

²¹ Botargues, M. *Consumo cultural en la ciudad de Lleida (1808-1874)*. Publicación (ed. Milenio) p. 54.

²² Munch, T. *Op. cit.*, p. 93.

²³ Munch, T. *Op. cit.*, p. 116.

²⁴ Viñao, A., *Op. cit.*, pp. 48-55.

Como ejemplo, el marco local escogido podría ser la ciudad de Lleida entre la llegada de los Borbones al poder en 1714 y el estallido de la Guerra de la Independencia hacia 1808. El análisis de dicho marco regional durante el ochocientos se engarzía con la tesis doctoral presentada por Botargues y ubicada en Lleida entre los años 1808 y 1874. Haciendo mención de los postulados defendidos por la microhistoria, nuestro objetivo sería hacer historia no *de* una ciudad, sino hacer historia *en* una ciudad²⁵, intentar conectar todas las relaciones existentes en la sociedad leridana del ochocientos y que quedan plasmadas en sus lecturas y en sus lectores.

Reseñas bibliográficas

ANTÓN, J.

1998 *La herencia cultural. Alfabetización y lectura en la ciudad de Girona (1747-1807)*, Edicions de la Universitat de Barcelona (UAB), Bellaterra.

ANTÓN, J. y M. JIMÉNEZ SUREDA

1995 «Propuestas metodológicas para una historia cultural de lo social» en BARROS, C. (ed.), *Historia a debate. Retorno del sujeto*. Tomo II, Historia a debate, Santiago, pp. 193-200.

BARROS, C.

2000 «El retorno de la historia» en Barros, C. (ed.), *Historia a debate. Cambio de siglo*. Tomo I, Historia a debate, A Coruña, pp. 153-174.

BOTARGUES, M.

2000 *Consumo cultural en la ciudad de Lleida (1808-1874)*, Tesis doctoral, UdL.

2000 *Consumo cultural en la ciudad de Lleida (1808-1874)*, Milenio, Lleida.

CHARTIER, R.

1993 *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Alianza Editorial, Madrid.

DARNTON, R.

1994 «Historia de la lectura» en Burke, P. (ed.), *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 177-208.

FONTANA, J.

2000 *La història dels homes*, Crítica, Barcelona.

GARCÍA CÁRCCEL, R.

«Prólogo» en Chartier, R., *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Gedisa.

²⁵ Es paradigmática la obra de C. Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos de un molinero del siglo XVI*. Muchnick, Barcelona, 1981 (ed. Original de 1976). El Prefacio de ese libro, tanto como su lectura completa, es muy útil para el entendimiento de la corriente.

LAMARCA, G.

1994 *La cultura del libro en la época de la Ilustración*. Valencia, 1740-1808, Edicions Alfons el Magnànim, València.

LÓPEZ, F.

1984 «Estado actual de la historia del libro en España» en *Anales de la Universidad de Alicante. Revista de historia Moderna. Libros, libreros, lectores*, 4, Universidad de Alicante, pp. 11-22.

MUNCH, T.

2001 *Historia social de la Ilustración*, Crítica, Barcelona.

VENTURA, M.

1991 *Lletrats i il·letrats a una ciutat de la Catalunya Moderna. Mataró, 1750-1800*, Caixa d'Estalvis Laietana, Mataró.

VIÑAO, A.

1996 «Por una historia de la cultura escrita: observaciones y reflexiones» en *Signo. Revista de historia de la cultura escrita*, 3, pp. 41-68.